

inexorable. Las dos ideas, sin embargo, se pierden por falta de profundidad. La obra no es un medio para indagar el mundo misterioso de los hechizos. El autor habla del misterio pero no ayuda a entrar en él. Tampoco nos transmite su temblor. Se queda en el umbral de esa manera de concebir la vida y el mundo, que es la magia. Si nos dice que utilizaban bebedizos que paralizan la voluntad, no nos comparte el mundo fascinante del que proviene esa sabiduría. Uno no sabe, entonces, hasta qué punto es sólo un ingrediente suficientemente efectivo para sostener el relato. Ingrediente que se queda en la sola palabrería, como aquí, cuando habla de la noche: "Seis horas llevaban cabalgando en la noche lóbrega, asaltada de misterios, llena de lamentos y quejidos, insondable y medrosa".

Tres Cabanillas aparecen en la novela. Florencia, con cuya muerte comienza el relato; Rosa María, que relaciona los dos varones más significativos de la historia: Honorio Beltran, con quien se casa, y Plutarco, su hijo adoptivo, que luego desposaría a Mariela, la última de las Cabanillas, hija de Honorio y Rosa María. *Las embrujadas del Cinaruco*, como todos los personajes del libro, carecen de complejidad. Su personalidad no es contradictoria. No tiene pliegues ni claroscuros. Las Cabanillas son de una hermosura avasalladora, deslumbrante. Son dulces, armoniosas, caritativas, justas, bondadosas. Las tres Cabanillas que aparecen en el libro no se diferencian unas de las otras. Todas son de una "hermosura famosa", "espaldonas", y el escritor sólo se preocupa por contarnos que cada una es "más mujer" que la anterior.

El libro no se propone entrar en los personajes, ni siquiera en los que le dan nombre. Construye estereotipos. Esos rostros pobremente esbozados no adquieren vida independiente de su creador. Carecen de interioridad en un mundo mutilado, reducido al mundo de los sentidos exteriores y de la evidencia. El manejo de los estereotipos conduce por momentos a situaciones no muy suti-

les. Como aquí, con Rafaela, descendiente de los Basán, encarnación del mal:

Rafaela pensó conveniente figurar de primera como mujer y por eso se metía en toda reunión, tenía que acabar con la supremacía de Ercilia.

Cuando Honorio estaba con los peones, frente a la cocina, o en cualquiera de los corredores, se sentaba entre todos los hombres. No encontrando qué decir, principiaba:

—Ese Juan Pata, cuando quiere café dice: esta taza quiere café. Como solamente se reía Rafaela del chiste, que contaba como gran ocurrencia, cuando terminaba de reírse, agregaba:

—¡Eh! ¡Es que es bandido el hombre!

Seguía con otras simplezas hasta que otro cogía la palabra.

Esa limitación de los personajes se observa también en el lenguaje puesto en su boca. En general, los diálogos no se avienen con los personajes. La palabra no configura al personaje. Don Antonio Roldán, en un pasaje mencionado arriba, alaba el patriotismo de Florencia Cabanillas, en una apreciación abstracta, difícil de concebir en la boca de un hombre rústico.

Los diálogos muchas veces recaen en lo obvio y son, en general, artificiales, abruptos.

Sin saludar, Rafaela puso las bandejas sobre la mesa.

Rafaela unas veces se muestra autoritaria y otras cohibida, pensativa.

—Ahora veo la necesidad de cambiarla por Ercilia, aprovechó Honorio.

—Anocheció de mal genio, mañana le pasara, suavizó Rosa María.

Claro que hay momentos en que el lenguaje y las situaciones se avivan con su aproximación al habla llanera; hay situaciones que generan ternura. Pero son chispazos. Muy pronto se

vuelve al relato, que se sostiene sólo por la acción que atropella, y al narrador que describe de manera sumaria.

Mientras tanto, Flor Alba acaba de llegar con Plutarco de siete años, a San Antonio del Táchira, dirigiéndose a la casa de su hermana Perci, viuda de cuarenta años, sin hijos.

Técnicamente, la novela no ofrece novedades. El narrador omnisciente se alterna con los diálogos. No hay más recursos, y esta pobreza puede influir en la incapacidad de la novela para mostrar un mundo menos elemental que el que revela. Esta novela renuncia al convencimiento y la aventura del lenguaje. Y esta renuncia lleva a la banalidad y la frivolidad.

Cuando en 1952 Eduardo Caballero Calderón publicó su *Cristo de espaldas*, visión liberal sobre la violencia colombiana, al año siguiente Alfonso Hilarión Sánchez publicó *Balas de la ley*, especie de contraparte del libro de Caballero.

Ese hecho histórico, antes que nada, da importancia a este escritor, que aparece ahora con su cuarta novela: *Las embrujadas del Cinaruco*.

HERNANDO VARGAS

Tres bolas, dos strikes

El cuarto bate

Roberto Montes Mathieu

Plaza y Janés, Bogotá, 1985, 138 págs.

Montes Mathieu toma, con este su primer libro, el lugar que le corresponde dentro de la nueva narrativa colombiana. Estos catorce cuentos son muy representativos de la tendencia actual: el propósito incesante de radiografiar la realidad nacional con la mirada puesta en el ámbito particular de cada narrador, en este caso específico la costa, su gente, sus maneras de pensar y de actuar, la influencia del entorno físico en el delineamiento del ser interior.

El libro está dividido en dos secciones: una la integran aquellos cuentos escritos entre 1972 y 1978; la otra, los creados en 1979 y 1980. Si se tuviese que escoger entre las dos partes, los primeros son más atractivos, seducen más al lector, tienen más maquillaje.

Entre los relatos más logrados, está el que da nombre al libro, *El cuarto bate*. En él encanta la fluidez del relato en primera persona, la recreación perfecta del medio donde se mueve el personaje, y la caída final, el cierre de la narración, la ironía amarga de la derrota presentada con la suficiente dosis de humor para hacerla más dura, más duradera.

Es también muy destacable el cuento *La noche memorable*. En él hay un acercamiento directo a la infancia, a los sueños del cine, las primeras manifestaciones de la sexualidad. Y, por encima de todo ello, el retrato de la identificación de los espectadores con los personajes de las cintas cinematográficas, el artificio sobreponiéndose a lo real.

[...] y yo le dije que no me gustó la película no me llores más al cine porque no quiero verte llorar y me abrazó fuerte y me besó y sentí sus lágrimas calientes en mi cara y le dije mamá mamá y se me empañaron los ojos y lloramos juntos porque comprendí que ella iba a seguir llorando aunque no volviéramos a cine (pág. 20).

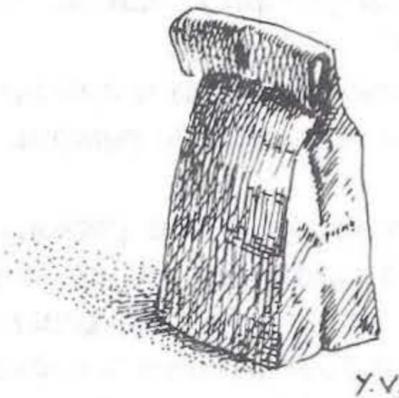
Los personajes de Montes Mathieu se adhieren a las particularidades de su región, rechazan lo extraño nacional, la gente andina, la música del interior. Quienes no pertenecen a su medio son mirados con desprecio, con sorna. En varios de sus cuentos, los malos de la película no son costños, como si el subconsciente colectivo se manifestase también en el mundo ficticio.

El narrador demuestra madurez en el manejo del idioma; una prosa ágil, viva, sin baches que entorpezcan el estilo o disminuyan la claridad. Pero, simultáneamente, en algunos cuentos, la técnica narrativa se re-

siente ante desarrollos demasiado obvios, historias sin atractivo, anodinas: *La guaca*, *A veces la vida me hace sentir como un muerto*, *Y verás lo que nunca has visto*. Narraciones que se resienten por falta de elaboración artística, pues cuando el relato deviene crónica se pierde el horizonte estético.

El libro *El cuarto bate* muestra un narrador maduro de quien puede esperarse, con mucha seguridad, que aportará obras sustantivas a la literatura nacional. Estas narraciones son revelación de sus posibilidades y hacen aguardar con confianza y expectativa sus próximas obras.

CLÍMACO PÉREZ



Una recopilación de relatos

Karanau: relatos breves y crónicas
Raúl Loyo Rojas
Colcultura, Colección Autores Nacionales, tercera serie, núm. 1, Bogotá, 1985, 152 págs.

Karanau es el nombre de un ser mítico entre los indígenas guahíbos en los llanos colombianos y venezolanos. Su característica es producir las tolvaneras, o sea el viento rasante que sopla imprevistamente las sabanas levantando polvaredas. Los relatos que comprende la obra de Raúl Loyo Rojas (1904-1965) son iguales: superficiales, desligados entre sí, bastante heterogéneos. Sin embargo, de vez en cuando muestran algo de esa tierra llanera en aspectos nuevos e interesantes.

El autor da en la obra una explicación del origen de esta recopilación de relatos deshilados: se trataría de

una recuperación de la tradición oral. Generalmente son relatos que Loyo clasifica como folclóricos recordándonos esa visión de Robert Redfield con los abandonados planteamientos antropológicos de la *folk culture* de los años cuarenta. El autor en ningún momento habla de una tradición llanera; simplemente se limita, como ya lo indica un subtítulo, a "El llano: su gente [...] su folclor" observados desde fuera, pese a su pretendida actitud participativa.

La obra está dividida en dos partes: *Páginas de historia y relatos, crónicas y folclor*, entre las cuales no existe, empero, una división real. Así, por ejemplo, en la segunda parte se encuentran varias crónicas históricas que debían estar integradas a la primera parte; es el caso de *Recado sobre alma llanera* (págs. 141-145). Los relatos o crónicas que componen *Karanau* podrían haber sido ordenados temáticamente sin afectar para nada el conjunto de la obra. Por el contrario, ello facilitaría en mucho la comprensión del lector, haciendo más ágil y agradable la lectura.

Las crónicas históricas de Raúl Loyo Rojas se caracterizan por ser muy elementales, y aun diría que irrelevantes. Que si tal o cual hacienda quedaba en este u otro sitio, que si fue fundada en ese o en aquel año, etc. A tales preguntas busca responder el autor recurriendo siempre a largas citas textuales de algunos libros de historia. Las crónicas de Loyo se caracterizan, más aún, por lo repetitivo y monótono de sus comienzos y desarrollo, al utilizar siempre una misma estructura narrativa. De los nueve textos aglutinados arbitrariamente en la primera parte solo resultan interesantes los dos últimos relatos: *Barroso, el profanador* y *Los indios desollados de Fundador*. El primero, por las características de cuento basado en hechos históricos; el último, por ser un cruel relato de las relaciones interétnicas de los chiricoas y el llanero, que revelan sucesos trágicos como los de La Rubiera en 1966, al mostrarse la deplorable práctica del genocidio. En un relato posterior, intitulado *La matanza de*